

	MES.	TRIMESTRE.
En Madrid.....	10 rs.	30 rs.
En Provincias.....	12	34
En el Extranjero.....	24	70
En las Antillas.....	30	90
En Filipinas.....	100	

Número suelto, un real.

Se insertan anuncios a razón de 25 céntimos línea, y a precios convencionales según las circunstancias de los mismos. También se admiten remitidos y comunicados a precios igualmente convencionales.

EL ECO DE ESPAÑA se publicará todos los días, a excepción de los lunes y las grandes festividades del año.

AÑO III.

MADRID.—Jueves 18 de Enero de 1872.

NUM. 594.

EL ECO DE ESPAÑA.

PERIÓDICO MODERADO.

En la Administración y Redacción de este periódico, calle de la Visitación, 8, cuarto segundo de la izquierda.

El importe de la suscripción en Madrid se abonará en efectivo en la Administración. El de las provincias del propio modo, o por medio de libranzas del Giro mutuo, o sellos de correos, y también por letras de exacta realización a favor de la Administración; de esta última manera, o bien haciendo el abono en efectivo en la Administración, se servirán las suscripciones en Ultramar.

En París, lib. Esp. de E. Donné Schmitt, rue Favart, 2. El importe de las suscripciones que se envíen por cualquier clase de giro, se suplica que se verifique por medio de carta certificada como medio de evitar toda clase de extravío.

LA GRAN POLÍTICA.

El órgano más caracterizado y más íntimo del Sr. Sagasta, pretende lógicamente demostrar que la oposición, en todos sus matices, no se ocupa más que en inventar chismes y fábulas, en avivar odios y rencillas, en agitar diariamente cuestiones personales, haciendo lo que vulgarmente se llama política menuda, mientras que la prensa ministerial toma la iniciativa en la solución de los grandes problemas políticos y sociales y aconseja al gobierno el planteamiento de toda clase de reformas que tiendan al mejoramiento de la administración de justicia y de la administración pública.

Nuestros lectores no querrán creer lo que les decimos, y por eso hemos subrayado las palabras mismas que emplea *La Iberia*, en uno de sus últimos artículos.

Ya está pues plenamente averiguado. La política de la oposición es una política menuda. La gran política es la emprendida por el ministerio Sagasta. En qué consiste esa gran política? Eso es lo que se guarda muy bien de decir y explicar. *La Iberia*, eso es lo que no sabrá decir ni explicar el mismo Sr. Sagasta dentro de seis días, cuando se le pregunten en el seno de las Cortes, si es que en estos seis días que faltan para la reunión del Parlamento no se ha visto alguna junta nocturna de frontizos y de fin y término a la gran política del día, por medio de alguna fórmula nueva, de alguna petición nueva de gobernadores o algunos; o por medio de alguna intriga en el cuarto de D. Amadeo, o en las nuevas religiosas de la calle de las Huertas.

¿Qué cuestiones, no decimos sociales, que a tanto no alcanzará nunca el ministerio Sagasta, — que cuestiones políticas o administrativas ha iniciado, ha emprendido, ha soñado en realizar este desdichado ministerio? ¿Qué ha hecho Sagasta más que mal vivir, andar en acecho, defenderse malamente de sus falsos auxiliares, descomponer a su propio partido, insultarle por medio de sus periódicos, llamarle inepto, vanidoso, anárquico, ambicioso, anti-patriótico y que solo pelea por el poder? ¿Dónde están sus actos de gobierno? ¿Dónde sus proyectos de reorganización y mejora? ¿Dónde sus resoluciones trascendentes? ¿Por qué no se refieren esas proezas? ¿Por qué no se confunde a los maleducados y chismosos de la política menuda publicando los actos del ministerio?

Nosotros provocamos a *La Iberia* a que haga un resumen abreviado de los prodigios que ha realizado la administración de sus amigos, prometiendo reimpresión ese extracto de maravillas en nuestras columnas. No podemos hacer más, en prueba de buena fe e imparcialidad. Venga, pues, la lista de los actos ministeriales. Venga el índice de las cuestiones políticas y administrativas que el gobierno o sus órganos en la prensa han iniciado.

Venga sobre todo el estado de las carreteras que se han emprendido, de los barcos que se hallan en construcción, de los crímenes que se han castigado, del déficit que se ha enjugado o estinguido, de los acreedores legítimos que han visto satisfechos sus créditos: venga cualquier dato o nota que pruebe que hay gobierno, nada más sino que hay gobierno.

Las intrigas, los chismes, la política bastarda, personal, mezquina, de odios y rencores, es la que consiste en hacer que hacemos, en perder el tiempo con promesas personales, con reuniones donde no se trata más que de lo que se ha de pedir y de lo que se ha de obtener, y cuyo resumen se reduce a defender o atacar al gobierno, no por lo que hace,

sino por lo que deshace; no por sus actos como gobierno, sino por sus actos como amigo; no atendiendo a doctrinas o al bien de la patria, sino por la utilidad personal que reporten los asociados.

Eso no es gobierno. Lo que tenemos es una sociedad de *Socorros mutuos*; y en lugar de ocuparse el Congreso en discutir la política del ministerio, sería bueno que antes diera su dictamen la comisión que entiende en la información parlamentaria sobre las sociedades mercantiles.

Un mes ha malgastado el gobierno en ajustar las vergonzosas paces de los sus gobernadores.

Un mes para empeorar la gravísima cuestión de Cuba, empeñándose temerariamente en nombrar al general Concha, contra cuyo funesto personaje se han levantado protestas unánimes en la Península y en Ultramar.

Un mes sin atreverse a reunir las Cortes para discutir siquiera los presupuestos.

Un mes de intriga en intriga, de engaño en engaño, de treta en treta, solo por la vanidad de decir: «He sido presidente del Consejo de ministros».

¿Cómo han de hacer política grande ni chica los que solo se inspiran en su vanidad y en su interés?

La política de Sagasta es la política del *stil tramposo*. No puede dar un paso sin que le acompañen los acreedores. No quiere declararse conservador, siendo conservador. Quiere aparecer como progresista cuando los progresistas le rechazan. Así tiene por auxiliares a los que quieren pasar por alfonos, sin declararse. Así tiene por auxiliares a los egoístas de todos los partidos, a los que no piensan más que en colocar alijaditos, en nombrar gobernadores que a su vez les nombre a ellos diputados.

Esta es la gran política de los grandes cuacos; pero esa triste y funesta política tiene en contra suya a la nación entera, y pronto lo hemos de ver.

EL MONARCA Y LA DINASTÍA.

El funesto alcazar levantado por los políticos de Setiembre recibió su coronamiento, cuando, después de humillantes ofertas a varios candidatos, encontraron un príncipe inexperto o mal aconsejado, que se prestó a aceptar la corona de la revolución, confundiendo acaso esta corona artificial y transitoria con la que chifron gloriosamente a sus señas Isabel I, Carlos V, Felipe II y otros ilustres monarcas de España.

Creyeran los revolucionarios que con la elección de rey, hecha por 191 votos, habían resuelto felizmente todas las cuestiones monárquicas, y puesto en su obra atrevida y temeraria el sello de la perpetuidad. Desde entonces se afanan en hacer creer a los pueblos lo que de seguro no crean ellos mismos; esto es, que la interinidad de 1869 y 70 ha concluido; que la política y el gobierno se han regularizado; que las nuevas instituciones se van consolidando, y por último, que el monarca que simboliza y representa las conquistas de la revolución, se afirma mas y mas cada día en el trono democrático que sus amigos y partidarios le han formado.

Ilusiones son estas de los políticos setembrinos, que merecerían solo la compasión que inspiran siempre los cerebros perturbados o delirantes, si no trascendieran fatalmente en el gobierno del país, que regido por hombres tan ciegos y temerarios, marcha precipitadamente al abismo de su ruina.

Invocan sin cesar estos hombres a su monarca, que reputan fiel intérprete de sus deseos y aspiraciones; idéntico con la revolución que lo ha

traído a España; y avanzando mas todavía en sus ilusiones, se figuran que han establecido y consolidado una nueva dinastía, que ha de perpetuarse en el trono augusto de San Fernando.

Como la ignorancia de los revolucionarios iguala, si no excede, a su temeridad, confunden lastimosamente dos ideas y objetos que son muy distintos, al monarca y su dinastía.

En épocas de perturbación general, cuando todo está desquiciado; cuando la intriga y la deslealtad monopolizan el poder; cuando los pueblos se ven oprimidos por la tiranía; cuando la fuerza, la violencia y el terror han sustituido a la autoridad legítima y ordenada, y cuando la anarquía y la confusión reinan por todas partes, nada mas fácil que un corto número de gentes audaces y turbulentas se congreguen y concierten para elegir un representante de su agrado; un jefe de su confianza. Tal es la explicación de las elecciones de reyes que se verifican en épocas críticas y en días tempestuosos, cuando la sociedad pierde su asiento, y se perturban y confunden todos sus intereses morales y materiales, en revuelto torbellino.

Pero, ¿significa esto o entraña, por ventura, la fundación sólida, el establecimiento permanente de una nueva dinastía? Delirio sería afirmar. Las conspiraciones pueden producir reyes, como producen ministros y generales; pero no fundan dinastías cuando los pueblos las repugnan o las desdennan, porque hieren sus sentimientos, perjudican sus intereses, i ofenden sus costumbres.

Los reyes y las dinastías son objetos diferentes. El rey electivo es el árbol que se implanta en un terreno, tal vez movedizo o acaso volcánico; la dinastía es el fruto de este árbol.

Para plantar el árbol rey, aunque sea el mas lozano y joven naranjo del mundo, basta abrir un hoyo en la tierra; pero para hacer que este árbol fructifique, es necesario que se arraigue primero, que se aclimate despues, y por último, que florezca y se desarrolle vigoroso y fecundo.

La plantación es tarea de un momento, la fructificación es obra del tiempo. Aquella es un acto, tal vez caprichoso o irreflexivo del hombre; esta depende de la naturaleza, que tiene sus leyes inalterables, y de la Providencia que hace unos árboles fecundos, y condena otros a la esterilidad.

El que ayer era acaso un hombre vulgar o adoncedo, puede mañana ser un rey con todos los signos exteriores de tal, como los vemos en los teatros, para durar el corto tiempo de una comedia; pero de aquí a formar dinastía, que consiste en una serie de reyes de una misma familia, que van sucediéndose unos a otros, hay una distancia inmensa.

Entra, sin duda, en lo posible, que un nuevo rey elegido o impuesto, forme dinastía, como se ha visto en diferentes períodos históricos de varios pueblos; pero esto solo sucede cuando los reyes poseen grandes dotes de talento, de valor y de carácter; cuando llevan sobre la frente, además de la corona el prestigio de la gloria; cuando representan brillantes conquistas, sabias instituciones, reformas saludables, empresas benéficas y regeneradoras, y cuando por tan honrosos y esclarecidos títulos, la opinión pública les favorece y el entusiasmo popular los aclama. Si no se combinan todos estos elementos; si los nuevos reyes son el antitesis del tipo público; si son refractarios a las leyes, a las creencias, y a las costumbres del pueblo; si en vez de ser el símbolo augusto del sentimiento nacional, son los jefes de un partido, el instrumento de sus ambiciones, el comodín de sus planes y el arma de sus intrigas, entonces puede compararse a tales monarcas con esos fuegos fatuos que pasan

fugaces por la atmósfera, sin dejar en pos de sí ningún destello luminoso.

El lector hará, con su buen juicio, la aplicación que mejor le parezca de estas observaciones a la situación actual y a los hechos y fenómenos políticos que presencia asombrado y sorprendido.

Nosotros nos limitaremos a manifestar que los monarcas se hacen de un hombre cualquiera, pero las dinastías las crean los grandes hechos y las desastrosos los talentos y las virtudes con la bendición del cielo y con las simpatías y el concurso de los pueblos que les sostienen.

Los revolucionarios han dado el primer paso, han puesto en el edificio monárquico la primera piedra; pero su empresa es una ilusión, y la obra que proyectan una quimera.

Dejense, pues, de formar cálculos para lo futuro, y de hablarnos a todas horas de la dinastía revolucionaria, anticipando tiempos y sucesos que, para bien del país, no han de llegar.

Sus esperanzas no pueden realizarse; porque el pueblo español, que ama su dignidad e independencia, que es entusiasta del honor y de la gloria, que respeta sus tradiciones, y conserva sus costumbres, ha de repeler instintivamente toda institución que le sea antipática.

Además, y a propósito del nuevo monarca, ¿qué raíces puede echar en un país, donde no tiene otro apoyo que los que le han traído, y estos, fraccionados en bandos hostiles, y profesando un odio implacable, lo asedian, lo perturbaban y le acosan, para que se entregue dócil a su dirección exclusiva, so pena de rebelarse contra él, y arrojario del trono, en que lo pusieron para su especial servicio?

Cuando los hombres de la revolución discordan entre sí sobre el mismo monarca que han elegido, ¿cómo puede ser el sentimiento del pueblo, para quienes el nuevo rey es antipático o al menos indiferente.

Desgraciada es la nación a quien se impone un monarca que repugna; pero no es, por cierto, muy dichoso el que se ha prestado por error, por ambición, por política, o por otros motivos, a ser instrumento dócil de esta imposición.

Este monarca ocupará materialmente el trono; mas no reinará en el corazón del pueblo, ni formará dinastía; y semejante a las plantas exóticas, que se conservan artificialmente en los invernáculos por algún tiempo, caerá mustio y seco, sin producir flores ni dar frutos.

RECLAMO.

La Iberia en su número de ayer trata de desahacer lo que había hecho el día anterior, y en vez de conseguirlo, no hace otra cosa que remachar el clavo, como anoche decía *La Política*. En su número de anteayer había mostrado no solo desden, sino compasión hacia los conservadores, desechándolos como un mueble ya inútil y diciendo que se separarían tan pronto como la situación se hubiese despejado. En el número de ayer, y dirigiéndose a los cimbros, trata de defender a los conservadores, y despues de todo viene a decir lo mismo que decía en su anterior artículo.

Dice que los cimbros «han tratado de rebajar a los conservadores», y esto porque se disponían a prestar su apoyo a los sagastinos; en lo cual el periódico ministerial, que sin duda creyó escribir una lista, ha escrito lo que de seguro no podía escribir ni a los conservadores ni a los progresistas históricos, o a los que a sí propios se dan este apodo. Es un hecho público que los conservadores acordaron en la reunión celebrada el sábado conti-

reunirse con su padre. Antes de emprender su viaje se dirigió a la casa del amigo que aquel tenia en Dunkerque, donde se hallaba su padre desde la noche anterior sin noticia suya, pues había venido con todas las precauciones necesarias para no ser descubierto hasta que quisiese darse a conocer.

Al anunciarse aquella visita, se excitó no poco la curiosidad del padre, informado de ella por su huesped, quien recibió a Alfonso en un gabinete desde cuya alcoba oía el padre la conversación. Alfonso le refirió cuanto pasaba en su alma con un acento de sencillez y de tristeza, que conmovieron mucho a su padre. Sobre todo, cuando despues de pintar las virtudes de Regina, y la influencia benéfica que había ejercido en su alma, le dijo que ella y solo ella le había decidido a volverse al lado de su padre para no ofenderle con su desobediencia, éste no pudo ya contenerse, y saliendo de la habitación en que estaba oculto, iba a abrazar a su hijo, quien cayó de rodillas a sus pies pidiéndole perdón.

—Me has disgustado y afligido, hijo mío, le dijo su padre: pero todo te lo perdono. Las virtudes de la persona a quien amas, han desarmado toda mi resistencia. Vámonos, pues, que quiero repetir en persona la petición que has hecho al padre de Regina.

Alfonso, fuera de sí, no sabía lo que pasaba por él. Pero no quiso ni detenerse a pensarlo. Le ocupaba mas desde aquel instante la idea del gozo que iba a experimentar Regina y su familia.

Un cuarto de hora despues, padre e hijo entraban en la casa de esta, donde hubo una escena de sorpresa semejante a la que acababa de sentir Alfonso, y donde al duelo que había dejado la ausencia de este, sucedieron las opuestas impresiones del gozo y de la felicidad mas pura.

El padre de Alfonso se explicó con tanta discreción disculpando la resistencia que había opuesto al matrimonio de su hijo con las obligaciones que su solicitud paternal le imponía, que sus palabras fueron perfectamente acogidas, y al instante se estableció entre todos la mas cordial y perfecta inteligencia.

Durante esta conversación se hizo anunciar el párroco, y los padres de Regina se apresuraron a recibirlo en la sala para que se enterase de aquel suceso, tan grato para ellos, y en que estaba llamado a tomar parte por su ministerio.

Continuando la comenzada conversación, el padre de Regina, que no desconfiaba la gran desproporcion que

uniar apoyando al ministerio que preside el señor Sagasta, declarando para ello que continuaba mereciendo su confianza. Según *La Iberia*, los conservadores se habían rebajado con semejante paso; pues no otra cosa es decir que por ello habían tratado de rebajarlos los cimbros, y defenderlos de la manera en que lo hace, o sea diciendo que cada cual trabaja por su cuenta y que habrán de separarse tan pronto como la atmósfera se despeje. Pudiera también en buena lógica deducirse otra consecuencia: la de que apoyar al actual ministerio, es un acto que rebaja a quien no sea progresista de la casa, o sea de los que comen del presupuesto: no queremos, sin embargo, llevar hasta ese extremo nuestro rigorismo, entre otras razones, porque probablemente *la misma Iberia* se encargará de hacer la deducción.

Entre las buenas cosas que dice y acertadas consideraciones que hace el diario ministerial, no es la menos importante la de que los conservadores están interesados, lo mismo que los progresistas ministeriales, «en sostener la dinastía y la Constitución». Hay en esta asercion un candor tan infantil, que solo puede admitirse en un periódico como *La Iberia*; pero que una vez admitido, es de una gracia inimitable. Los conservadores han estado diciendo desde que se confeccionaba la Constitución, desde antes que se repartieran las plumas de plata para firmarla, y por consiguiente desde antes que se promulgara y fuese tal Constitución; que habían pasado por muchos de los artículos que contenía, en cambio de otros que se les habían admitido; pero que el día en que fuesen poder, borrarían cuanto no les conviniese, haciéndolo en la forma que indicaran las circunstancias. Por algo consiguieron en ella un artículo referente a la reforma de la misma ley fundamental. Esto por lo que hace a su decisión y entusiasmo en favor de esa Constitución.

Respecto de la dinastía, es notorio que en la célebre reunión del Senado todos y cada uno de los conservadores se reservaron su absoluta libertad de acción y la independencia en cuanto a cosas y personas: que al intentar alguno comprometer a los reunidos para que hiciesen una declaración de dinastismo amadeista, fue apagada su voz por las de muchos que se opusieron a aquella pretensión; y por último, que de allí salió cada cual como había entrado, en lo que concernía a Constitución y dinastía.

Es cosa muy singular que cuando se trata de conservadores para apoyar al ministerio, se les junte a todos en un grupo, diciendo lo que dice *La Iberia*, esto es, que están interesados en defender la Constitución y la dinastía; y que al tratarse de clasificar los distintos grupos que han de concurrir a la votación en la batalla que se dé al gobierno, se divide y subdivide ese gran grupo de conservadores en otros grupos de amadeistas, alfonosinos y montepensieristas, calificativos que no son de los mas a propósito para designar a los entusiastas defensores de la dinastía de los 191.

Acorda de este punto, valiera mas que el periódico ministerial guardase una prudente reserva; una reserva tan prudente como la que guardan los conservadores a quienes alude, y de los cuales no hay quien se atreva a decir en público, imitando a *La Iberia* que lo dice con frecuencia, aunque sin éxito, «nuestro amado rey». Esa reserva llega hasta los mismos sagastinos, que pasan como sobre ascuas sobre ciertas cuestiones: ¿qué mas? hay o ha habido quien al día antes de ir a la recepción y no sabemos si también a la mesa de Palacio, escribía un artículo no muy favorable a la dinastía; y al día siguiente publicaba otro, que venía a ser

mediaba entre su escasa fortuna y la del padre de Alfonso, dijo este:

—Amigo mío, solo siento una cosa en este enlace, y es no poder poner en manos de mi hija sino una dote muy insignificante.

—Vuestra hija la lleva inmensa en virtudes y en cualidades para hacer feliz a mi hijo; y este es bastante rico para mantenerla con la dignidad que merece.

—Poco a poco, señores míos, dijo entonces el párroco con inefable sonrisa: Regina tiene de dote 5.000 libras inglesas, que me parecen una suma no despreciable.

—¿Cómo! exclamó el padre de Regina, mientras el de Alfonso miraba al párroco con silenciosa curiosidad.

El párroco refirió entonces la misteriosa historia de la herencia y del testamento; quedando todos llenos de asombro al ver los medios extraordinarios y sorprendentes con que la Providencia recompensa las buenas obras de sus hijos queridos.

Los recién casados fijaron su residencia en París, donde los llamaban los negocios del padre de Alfonso, a los cuales asoció este a su hijo; mas no queriendo Regina separarse del todo de sus cariñosos padres, le compró un suevo en Rosendael, pequeña y bonita población inmediata a Dunkerque, una hermosa finca, rodeada de sauces y de casas de campo, donde iban todos los años a pasar gran parte de la primavera. De este modo los pobres del país no perdieron del todo a su bienhechora.

Cuando en las calles de Dunkerque se veía a los recién casados, las madres repetían a sus hijos la historia de Regina, que en toda llenaba de edificación y a muchos fué de provechoso ejemplo.

FOLLETIN.

LA BABOSA

BOSQUEJO DE LAS COSTUMBRES FLAMENCAS.

(Conclusion.)

Alfonso sacó de aquella maldichada cueva a Regina, que estaba trémula, y la consoló con palabras afectuosas, que ella, como se hallaba trastornada, no procuró reprimir, y apoyando en los brazos del joven sus vacilantes pasos, volvió con él a la habitación de Coba, donde se empeñó en quedarse a su lado, por si volvía a ocurrir algo desagradable. Consintió Regina, porque deseaba darle un consejo. «Creedme, amigo mío, le dijo, cuando estubo algo mas tranquila; no es obedecer las órdenes de su padre el estar, como V. lo hace, separado de él para alimentar un afecto que por el contrario debe olvidar. ¿Cómo quiere V. complacerse con una sumisión tan incompleta? ¿Qué título es para adquirir la bendición del cielo un sacrificio que hace de tan mala voluntad? Tome usted, por el contrario, una resolución enérgica y sepárese de la tentación que le arrastra. V. tiene inclinaciones muy nobles, y es muy capaz y muy digno de pasar una vida ocupada con provecho, en vez de despedir el tiempo en vanas quimeras. Haga V. esto por mí, Alfonso: márchese V. vaya V. a reunirse con su padre, quien sin duda me está acusando de que lo arranco a su cariño; y si algo puede moverle en favor mío, será el sacrificio que V. haga en favor suyo.

—Sí, mi santa amiga, cuéteme lo que me costare obedecer a V. porque mi mayor desgracia sería perder su aprecio. Quiero imitar ese valor varonil que me sonroja. Pero permítame esperar que en esta vida vendrán días mas felices y que los disfrutaremos juntos.

—Pues bien, esperemos, esperemos.

Al decir esto, se oyó a Coba respirar con gran esfuerzo y dificultad. Eran las señales de que se acercaba su fin. Y en efecto, muy luego sobrevinieron las convulsiones de la agonía y al salir la aurora exhaló el postrer suspiro.

XV. LA PROVIDENCIA.

Muchas ancianas del barrio, para quienes veía a los

complemento del anterior. No hay, pues, que hablar de decisión y menos de entusiasmo por ciertas cosas: es mejor callar y resignarse.

La Iberia que ayer tuvo la desgracia de echar a perder todavía más lo que el día anterior había dejado en una situación deplorable, contaba sin duda con el gran efecto producido por las gestiones del Sr. Montojo y Robledo para la creación del nuevo Casino progresista.

Según La Correspondencia, la nueva tertulia contaba ya ayer con cuatrocientos cincuenta socios; y aun cuando pudiera suponerse que los radicales creyeron que ese número, por lo exajerado, era una parodia del doce mil que en el telegrama al general Espartaco se decía haber asistido al circo de Price; sin embargo, es muy posible que exaltara el entusiasmo del periódico ministerial hasta el punto de hacerle creer que con el Sr. Montojo y sus 450 consocios, opuestos á las cortas de Balaín, no necesita el Sr. Sagasta del concurso de los conservadores ahora ni nunca, en nada ni para nada.

¡Infelices los conservadores tienen al Sr. Sagasta por un verdadero espantoso de higuera; se rien de su importancia y le emplazan para el lunes próximo y días siguientes. Y en ello hacen bien; porque al ver publicar en La Iberia los artículos que publica, para procurar en el mismo día congregar a los conservadores, dándole todas las seguridades y garantías que pudieran desear: al ver decir desdeñosamente que no necesita de los conservadores, sino cuando mas hasta que se despeje la situación, y verle superior a los decretos nombrando los gobernadores que le han propuesto sus colegas adversarios: al ver publicando la circular a los gobernadores, que le ha valido los anatemas de los radicales y los plácemes de los conservadores, por lo bien que los sirve: al verle, decimos, en esa doble y falsísima situación, no cabe otro sentimiento que el de la compasión ni otra respuesta que una sonrisa á las halacaras y pretensiones de una alta importancia que aparecen en las columnas del diario ministerial.

El Sr. Sagasta, crea él y crea sus amigos lo que quieran, no es mas que una infinidad; hoy mas insignificante que lo que hace mes y medio era el Sr. Malcampo: nadie le toma por lo serio ni ha llegado á imaginarse que, ni aun en esta época de absurdos y ridiculeces, se incurra en el absurdo de creer en la ridiculidad de consentir en que continúe en el poder. La contienda no tiene hoy mas que uno de estos dos términos: Serrano ó Ruiz Zorrilla: si venciese el primero, tal vez quedara el Sr. Sagasta de figura decorativa, en tercer ó cuarto término y con su correspondiente sello á la espalda; pero si figurase en primer término, eso ni el mismo se ha atrevido ni se atreve á esperar.

Aun los mismos gobernadores que acaba de nombrar se resuelven á ir á las provincias, ni aun á comprar el fagín y el bastón, temerosos de hacer un gasto inútil y de tener que regresar á Madrid, sin haber tenido tiempo de desempaquetar su baul maleta, ni aun dar lustre con betún graso á sus botas de becerro. El actual presidente, si echa cuentas galanas, se parecerá á los típicos próximos á espirar, y que se entretienen en forjar planes para la primavera próxima. Finchado como un portugués, se complace en perdonar de antemano la vida al que no sabe si querrá ó no sacarle del pozo en que se encuentra. Tal vez haya, sin embargo, un fondo de filosofía grave en los artículos que publica en La Iberia: bien mirado, si el lunes ó el martes de la semana próxima han de darle dimisorias, ayúdese ó no los conservadores, maldita la falta que estos le hacen, como están de mas todas las medicinas para el que se muere sin remedio. Bajo este punto de vista, puede reventar de fuerte; pues lo mismo da una cosa que otra.

NO SABEN LO QUE DICEN.

Por qué, decíamos al terminar nuestro primer artículo de ayer escrito bajo este mismo epígrafe, continuaron los progresistas retraídos de la arena electoral después del gabinete Miraflores? ¿Por qué, añadiremos hoy, permanecieron en esa actitud amenazadora durante el último ministerio de la unión liberal, á pesar de haberse rebajado considerablemente el censo electoral, haciendo extensivo el sufragio á mas de setecientos mil electores?

Porque tenían completa evidencia de ser derrotados; porque no hubieran podido traer á las Cortes mas que un insignificante número de diputados; porque los electores, como contribuyentes que eran, propendían al partido conservador, deseaban orden, estabilidad y reposo, y estaban inquietos y atormentados ante la actitud amenazadora de los partidos revolucionarios.

El partido progresista llegó á comprender que la opinión de la inmensa mayoría del país le era decididamente contraria; que no podía luchar ventajosamente en mucho tiempo con el partido conservador, y como no podía dominar su impaciencia y deseaba obtener el poder por cualquier medio abandonó la lucha legal y se dedicó á conspirar.

Ese ha sido el único móvil de su conducta desde hace algunos años, y á eso se debieron las insurrecciones de 3 de Enero y de 22 de Junio de 1866 contra el gobierno de la unión liberal y las de 1867 y 1868 contra el gobierno conservador y contra la dinastía legítima.

Como tiene valor La Iberia para decir, faltando descaradamente á la verdad, que el partido progresista apeló al retraimiento porque los poderes públicos echaron un dogal á la garganta de los llamados liberales?

Los progresistas no solo tenían entonces libertad para tomar parte en las contiendas electorales con seguridad de no ser atropellados, perseguidos, ó fusilados, como ahora, sino que tenían también libertad para conspirar, puesto que publica y descaradamente conspiraban, y el gobierno, no hizo acaso lo que debiera, para obligarles á renunciar á sus insanas maquinaciones.

La Iberia ha olvidado que los tiempos en que los progresistas apelaron al retraimiento, para prepararse á la rebelión, suponiendo hipocritamente que estaban cerrados para ellos las vías legales, hacían grandes y tumultuosas manifestaciones, en el Dos de Mayo; á vista, ciencia y paciencia del gobierno, y se reunían públicamente, con asentimiento lamentable del mismo gobierno, en los Campos Eliseos y en el Circo de Price, los je-

fes y delegados de todos los centros de conspiración de España, y desde allí provocaban á mortal duelo á los poderes públicos, que nada hicieron, por su desgracia para evitar aquellos escándalos, y amenazaban, y emplazaban por término de dos años á la reina y á la dinastía.

¿Qué clase de dogal era ese á que alude La Iberia que permitía á los progresistas entregarse libremente á tales manifestaciones á tan vituperables demasías y á tan insolentes provocaciones?

¿Cuál era esa reacción que devoraba en silencio tantos insultos, que sufría tantas amenazas, que veía impasible reproducirse en todas las grandes poblaciones los escándalos de los Campos Eliseos, y que llevaba su tolerancia, su prudencia ó su debilidad hasta el extremo de no haber adoptado medida alguna contra los generales que dirigían ó capitaneaban aquellas manifestaciones revolucionarias?

Supone también el diario del Sr. Abascal, —alcalde de Madrid elegido por los progresistas en tiempo del gobierno moderado,—que el monarca prescindió por completo del consejo de las Cortes y que esta fue una de las principales causas del retraimiento de los progresistas; y según su costumbre, muy cómoda por cierto, olvida asimismo que, precisamente, atendiendo al criterio de las Cortes, dispuso su entera confianza al ministerio Miraflores mientras éste pudo contar con el apoyo de la mayoría y se la retiró cuando quedó en minoría en el Parlamento, á consecuencia de una votación en que fué derrotado.

Hé aquí cómo ultrajan la historia y cómo desfiguran la verdad los periódicos revolucionarios.

Y con qué tino, con qué discreción, y sobre todo con qué oportunidad, trae á cuenta La Iberia la sabiduría del monarca, el voto de las Cortes, las prácticas parlamentarias y el cumplimiento de la Constitución!

Si no conociéramos esa especie de erotismo político que tiene el colega progresista por el gobierno revolucionario y su idiosincrasia particular, creeríamos que se burlaba del gobierno, del rey extranjero y hasta de sí mismo.

Decir que la mala institución del Estado se inspira en el voto de las Cámaras, cuando fué preciso cerrárselas para sostener un ministerio que había sido derrotado vergonzosamente en ellas.

Hablar de prácticas parlamentarias y del criterio de las mayorías, cuando son poder las minorías representadas por Sagasta y Topete, que al convocar de nuevo el parlamento le amenazan con una disolución inmediata, sino se hace mas gobernable, atemperando la opinión de la mayoría al capricho y á las exigencias del gobierno.

Recordar el cumplimiento de la Constitución, cuando no se observan sus principales artículos, cuando no se discuten los presupuestos, ni se establece el jurado, ni se respeta la inamovilidad judicial, ni hay seguridad personal, ni se permiten las asociaciones religiosas.

Hablar, en fin, de los derechos de los pueblos cuando no existe administración provincial ni municipal, porque no hay diputación ni ayuntamiento que no haya sido suspendido, reemplazado ó variado su personal por orden del gobierno; y cuando todavía se recuerda con espanto el triste espectáculo de las tres elecciones generales hechas en el año pasado, y se estremecen los pueblos de horror ante la perspectiva de un nuevo pugilato electoral, es en verdad llevar la temeridad y la provocación hasta un punto que por prudencia no queramos ni debemos calificar.

Desengáñese La Iberia; el gobierno representativo murió á mano airada en Setiembre de 1868; la revolución le asesinó traicionariamente y no son por cierto los revolucionarios ni el rey extranjero los que están llamados á resucitarle y á continuar sus gloriosas tradiciones.

Dice un periódico que D. José de la Concha ha estado á visitar al Sr. Sagasta.

Lo creemos. Todavía hay esperanza de que el negocio se arregle.

Que deje de ser ministro el Sr. Sagasta, y ya verá como no vuelve á ver al general Concha en su casa y hasta le esquiva el saludo.

Con muchos ha hecho lo mismo, y todavía hay imbéciles que no escarmentan.

Y ya que volvemos á hablar de este célebre personaje, vamos á recordar unas palabras suyas, calificando á la unión liberal.

Todo el mundo recuerda que D. José de la Concha fué el verdadero director de las elecciones de 1863, siendo ministro de la Guerra, en el ministerio Miraflores.

La unión liberal hizo entonces lo que está haciendo ahora: pedir gobernadores y distritos.

Luego que las elecciones terminaron, la unión liberal, empezó á hacer de las suyas, esto es, se declaró en rebeldía, y se pasó á la oposición.

Se abrieron las Cortes, y en el primer discurso que pronunció D. José de la Concha, como ministro de la Guerra, dijo estas palabras:

«No hay insulto grosero, calificación depresiva, nada que pueda contribuir á llevar la difamación á todas partes, que no tenga cabida en la prensa de la unión liberal desde hace mucho tiempo; y yo he tenido, por el decoro de mi posición, que enmudecer y callar.»

Que reflexione el Sr. Sagasta sobre estos hechos.

Hoy la prensa difamadora de la unión liberal, según el general Concha, defiende y apadrina á ese mismo Concha.

¿Qué país!

Llamamos la atención de nuestros lectores sobre la carta de nuestro corresponsal de Valencia, que insertamos á continuación. Nuestros amigos de aquella provincia pueden estar orgullosos con el resultado de sus honrados y leales propósitos, que deben servir de notable ejemplo de actividad y celo á los amigos de las demás provincias de España.

Valencia 15 de Enero de 1872.

«Sr. Director de El Eco de España: Tal y tan importante es el movimiento político que en marcado sentido viene observándose en esta provincia, que no podría yo perdonarme la falta de no participarlo á V. y á los lectores de su ilustrado periódico.

El partido alfonsista de Valencia está completando su organización legal para la lucha electoral, y lo hace con un tacto y con una habilidad,

que el éxito supera las justas esperanzas que hubieran podido concebirse y coronar por completo los esfuerzos de las juntas.

El notable manifiesto de la junta provincial, que V. conoce, fué perfectamente recibido por cuantos tienen amor al orden político, social y administrativo, porque su franqueza y la anchura base de sus salvadoras ideas, hacen posible la reunión de todos, bajo la gloriosa enseña de la legitimidad y de la justicia.

Los pueblos han comprendido esto mismo y respondiendo solícitos al llamamiento, van agrupándose, y en casi todos los distritos en que la provincia se divide están ya dispuestos á presentarse en las luchas legales. Los distritos de la capital están presididos por los señores marqueses de Montorral, D. José Cerdá, conde de Nieulant y D. Pedro Pons, cuyos nombres son una verdadera garantía de acierto; los de los demás partidos judiciales tendrán el gusto de indicárselos á V., cuando mis noticias me permitan remitirle una lista completa.

Verdad es que la junta provincial no descansa y, que siguiendo el notable impulso que la imprime su dignísimo y sabio presidente el leal marqués de Cáceres, lo prevé todo y dirige los trabajos con un celo y actividad, que yo no puedo explicarle.

Los resultados ya se tocan: luchamos en las elecciones para diputados provinciales del Puig y Eguera, con la fundada esperanza del triunfo, y crea V., señor director, que si como se supone, las elecciones generales llegan pronto, no será Valencia la provincia que vaya peor representada.

Los partidos aquí están disueltos ó no existen, porque carecen de fuerzas y elementos propios. Hasta los republicanos, que cuentan con la mayoría de las masas de la capital, están divididos y se amenazan constantemente.

El Radical, órgano de esa agrupación, que aquí cuenta una docena de individuos desconocidos, publicó hace algunos días un largo artículo escrito en mal castellano, contra algunos de nuestros amigos, que estoy seguro que estos han despreciado. No podía darse menor conocimiento de las personas y de las circunstancias de esta localidad.

Concluyo, Sr. Director, felicitando al partido alfonsista y á sus dignos representantes en esta provincia, por el acertadísimo éxito que tienen sus esfuerzos; y prometiendo tener á V. al corriente de los adelantos y de los resultados de nuestra organización.

En nuestro apreciable colega El tiempo, leemos la siguiente carta:

«Paris 15.—El príncipe D. Alfonso, que había concurrido algunos días como alumno externo al colegio Teresiano en Viena, entra definitivamente de interno, para continuar allí su educación.

Hoy se ha verificado la boda del príncipe Czartorski, en los términos que anuncié, puramente en familia, y asistiendo solo unas veinte personas. A las ocho de la mañana han salido los invitados para Chantilly, y volverán en cuanto la ceremonia se termine.

La caída que dió S. A. la infanta doña Fernanda no ha tenido, afortunadamente, consecuencias desagradables.

Anoche salieron para Viena los señores marqueses de Alcañices y Morá.

Ya habrán ustedes visto al marqués de Salamanca, que también salió anoche para esta corte. Las relaciones que median ahora entre los miembros de la real familia no pueden ser mas cordiales.

Casi todos los españoles afectos á D. Alfonso que residen en París, han ido ya á visitar á los duques de Montpensier.

A nosotros nos escriben lo mismo, añadiéndonos que nuestro amigo el Sr. Belda continuaba en Viena, aunque se disponía á regresar á París.

Por parte telegráfica se sabe que el señor marqués de Alcañices llegó á Viena.

La prueba mas evidente de que esta es una época de bajo imperio, consiste en que hay monárquicos que no se atreven á decir claramente á quien reconocen como rey legítimo, pero no tienen reparo en designar el nombre del gobernador que les conviene; que hay constitucionales que desean derribar la Constitución actual, y no tienen valor para manifestar en público su opinión. Así se está bien con todos.

El método es fácil; pero no todos quieren hacer ese juego prohibido en las lides leales, y donde debe resplandecer la buena fe. Algunos mentecatos llaman á esto «ser hábiles»; pero no es esta la calificación conveniente. Lo propio es llamar imbéciles á los que hacen caso de los hábiles, y se ocupan de ellos cinco minutos siquiera; y sobre todo, son imbéciles los que les dan por el gusto, nombrando gobernadores para que ellos se rían, siendo diputados y hombres importantes.

El día que haya en España un gobierno digno de este nombre, los hábiles y los cuacos no volverán al parlamento, y no habrá quien se ocupe cinco minutos de tan elevadísimas personas.

El nombramiento de uno de los mariscales de campo mas modernos para la nueva plaza de esta categoría creada en el cuarto militar del rey, tiene por objeto, según El Imparcial, no privar al general Rosell del mando que actualmente ejerce, pues cualquiera de los generales, tendría mayor antigüedad, y por tanto tendría que cederle aquel sus facultades según el reglamento.

A este propósito, El Debate, creyendo ver embobados ataques en el diario de la plaza de Matute y con motivo de alguna audiencia que parece haber obtenido el Sr. Lopez Dominguez, lanza esta sentida queja:

«Ni los unionistas llevan á palacio ningún asunto que no puedan presentarlo á la faz del país, ni el Sr. Lopez Dominguez, cuya entereza de carácter y cuya nobleza de intenciones son de todos conocidas, se prestaría á intrigas que es una falta gravísima solo hablar de ellas, cuando á El Imparcial y á todos sus amigos consta que en palacio solo hablan de política los ministros responsables.

No sabemos si son ó no ciertas las audiencias del señor Lopez Dominguez con el rey á que se refiere El Imparcial; lo que sabemos es que las retenciones que nuestro colega emplea bajo este supuesto, tienen gravedad, habiendo sido mejor escusarlas, si tanto y tan sincero es el respeto del periódico radical por las instituciones proclamadas.»

«Con que también ahora se denuncian intrigas palaciegas y esto nada menos que por El Imparcial, que gritaba hace poco tiempo: ¡viva el rey! Verdaderamente que tiene razón El Debate para quejarse de tanta infidelidad. Por lo demás, que los unionistas no lleven á palacio ningún asunto que no puedan presentarlo á la faz del país, eso ¿qué duda tiene?»

La misma calma que en las regiones oficiales se observa hoy en la prensa y en los círculos políticos. No es esto decir que la situación haya mejorado, es, que como dice un diario, á un gran esfuerzo sucede siempre un gran abatimiento; la especie de fusión ha sido como la combinación de dos electricidades de distinto nombre, que se destruyen.

Las causas de esta aparente calma han debido ser varias. Según unos, el elemento joven ha caído en la cuenta de lo atolondrado de su edad, y cedido la dirección exclusiva á los padres graves; y la circular del Sr. Sagasta, que ha venido á colmar la ira de los radicales ya exasperados con la solución de la cuestión de crisis, ha estrechado los vínculos de las gentes conservadoras.

Según otros, era menester esta especie de bálsamo calmante aplicado á las heridas en estos días caudales, y es el duque de la Torre el encargado de aplicar este bálsamo, poniendo delante de los ojos de los mas exaltados la perspectiva de una funesta división, que solo daría por resultado, el advenimiento del héroe de Tablada.

Así parece haberse calmado la agitación que las conferencias celebradas en el pórtico del Congreso habían producido, y en una entrevista del duque de la Torre con el presidente del Consejo, todo ha quedado arreglado.

Pocos días faltan para la reunión de las Cortes, y si el Sr. Sagasta hace, caso de no haberlo hecho ya, el no muy costoso sacrificio de su candidatura á la silla presidencial, todo parece que ha de quedar concluido y calmadas las impacencias y los enojos. En el consejo de ministros celebrado ayer tarde, con la asistencia del presidente del Senado y del Sr. Martin de Herrera, vicepresidente del Congreso, habrá quedado acordada la candidatura, consigna, que se han de lanzar á las fauces semi-fusionadas para la presidencia del Congreso.

Es una tregua; un armisticio; un *modus vivendi*; esto explica la calma de hoy; que nada garantiza para el día de mañana.

El correo extranjero que recibimos ayer viene completamente desprovisto de interés; apreciaciones mas ó menos apasionadas por parte de la prensa respecto de la conducta de las diversas fracciones de la Cámara, con motivo de las declaraciones políticas del último discurso de M. Thiers, pero ningún hecho concreto en que apoyar las distintas consecuencias que cada uno de los periódicos deduce de las palabras del presidente de la república.

Lo que parece cierto es el fracaso de la proposición Picard sobre la declaración del establecimiento definitivo de la república.

El mal éxito se atribuye á indicaciones de la reunión del centro derecho que envió dos comisionados á la del centro izquierdo, declarando que tal vez podrían entenderse para la constitución definitiva del gobierno y aun preferir la forma republicana, pero no en la actualidad, sino en tiempo oportuno, añadiendo que la proposición Picard produciría hoy un efecto contraproducente.

Esta conducta del centro derecho ha dado lugar á variedad de comentarios; pero á nuestro modo de ver es solo un medio de ganar tiempo.

No solamente en esta corte sino en toda la península, tenemos entendido que por la dirección general de Rentas se ha autorizado el establecimiento de un considerable número de estancos, cediendo sin duda á gestiones políticas, la mayor parte de las veces bastardas, ó á influencias particulares, casi siempre injustificadas y mezquinas.

Si es evidente que el mayor número de aquellos facilita la venta, no es menos cierto que, como el Estado abona un 7 por 100 por los primeros 6000 reales que se expendan en cada mes, y un 2 por 100 por el exceso, cuantos mas estancos, hay menos productos.

No vemos la necesidad de que para comodidad del público haya un estanco en cada calle; pero ya que perjudicando los intereses del Estado se aspira en provecho de personas sin merecimientos á multiplicar sin tasa ni criterio los estancos, donde no todo el tabaco que se vende suele ser de las fábricas del Estado, nos parece que lo mejor sería dar mas libertad al establecimiento de los mismos; concederlos á cuantos los pidan, pero sujetando á todos á cobrar solo un 2 por 100 de lo que vendan.

Esperamos que el señor director de Rentas medite un poco sobre esta innovación, mas beneficiosa para el Estado que la de multiplicar sueldos sin necesidad, para premiar servicios imaginarios.

Ayer enviamos ya á nuestros suscritores de provincias, y hoy verán nuestros lectores en otro lugar la circular del Sr. Sagasta, tema de todas las conversaciones y de la mayor parte de los artículos de los periódicos de la tarde.

Nuestros lectores verán lo que piensan de ella otros órganos de la prensa, siendo escusado decir que toda la familia conservadora-liberal la halla sumamente aceptable; cómo no habian de hallarla si están encerradas en ella sus doctrinas? Mañana hablaremos de la nueva y flamante producción del Sr. Sagasta.

Ayer recibió el gobierno el siguiente telegrama:

«El Casino español de la Habana tributa á V. E. gracias expresivas en nombre de todos los españoles de esta isla, por la confianza merecida que dispensan el gobierno al conde de Valmaseda, en quien cifran sus esperanzas para terminar la insurrección.—Lorenzo Pedro.»

De presumir es que el despacho que antecede fuera puesto inmediatamente en conocimiento del general D. José de la Concha como una muestra de las simpatías que inspira en la Habana.

Hé aquí las últimas noticias de Cuba, según un despacho recibido hoy en Guerra y Ultramar:

«Habana, Enero 16.—Ayer salió el vapor-correo. El general Crespo va en él. No ocurre novedad. Los resultados de las operaciones militares en la última quincena son los siguientes: 146 muertos al enemigo, 27 prisioneros de guerra y 661 presentados. Además nos hemos

apoderado de 182 armas y 101 caballos. Salgo hoy para la costa del Sur, teatro de las operaciones, á fin de activarlas y acabar con los restos de la insurrección.—Valmaseda.»

De Mérida dicen á El Eco de Estremadura lo que á continuación transcribimos para edificación de los apologistas de La Internacional:

«Con el mayor asombro y la mas justa indignación ponemos en conocimiento de nuestros lectores un hecho presenciado por los vecinos de esta ciudad: hace pocos días la aparición de las huelgas internacionalistas de obreros, realizada por los oficiales de los talleres de zapatería.

Como se dice pública y notoriamente, de hecho ha sido producida por las disolventes doctrinas y a asonadas excitaciones de una señora, que en plazas y en «clubs» viene propagando la redención de la esclavitud fabril manufacturera, manifestando «á vista, ciencia y paciencia» á las autoridades, que la condición del operario en este país, es menos importante que la del asno, pues que este gana mas jornal que aquel, que descrito fue el primer republicano, que la república federal, es una cosa muy excelente, y otras muchas estupendas maravillas *ejusdem generis*.

Y todo esto para qué? para tener parroquianos que le compren las drogas y «Panacea» universal para la curación de todas las enfermedades que trae su caracita M. «Alexandre Lambert y H^{ma}».

Esta señora, ya nos favoreció con su presencia el año de 1865, viniendo, no á hacer fatalismo, ni internacionalismo, como ahora nos hace su consorte, sino á vender «cañones eléctricos» exclusivamente, sin el aditamento de funciones públicas de prestidigitación, y de socialismo femenino en calles y ateneos republicanos.

Ayer se recibieron en el ministerio los siguientes telegramas de Cuba y Filipinas:

«Habana 16.—Ayer salió el vapor-correo y en él se embarcó el general Crespo.»

«No ocurre novedad desde ayer, 16 de Enero. Resultado de los últimos 10 días, según datos oficiales: 146 muertos al enemigo, 27 prisioneros con 82 armas y 101 caballos.

Se han presentado 61 rebeldes. Hoy salió á activar las operaciones militares el Sr. Valmaseda.

«Singapore 16.—Mañana 8.—Sin novedad alguna.—El gobernador superior de la isla de Sumatra, Sr. Valmaseda, ha salido para la Habana, donde se conducirá la correspondencia y 212 pasajeros.

Señalamientos para hoy 18 de Enero de 1872.

Caja de Depósitos.—Intereses de depósitos en efectos públicos, segundo semestre de 1871, números 601 á 700 de sorteos. Tesorería Central.—Intereses del tercer trimestre de 1871 por billetes del Tesoro, 661 á 700.—Billetes vencidos en Octubre, 69 á 71.—Opones de bonos vencidos en Diciembre, 86 á 106.—Bonos amortizados, 876 á 888.

Deuda pública.—Carpas de presentación de cupones de 3 por 100 consolidado, vencimiento de Diciembre último, comprendidas en las siguientes decenas:

111 al 120	21 al 30	31 al 40	50 al 60
91 al 100	231 al 240	241 al 250	251 al 260
261 al 270	271 al 280	281 al 290	291 al 300
301 al 310	311 al 320	321 al 330	331 al 340
341 al 350	351 al 360	361 al 370	371 al 380
381 al 390	391 al 400	401 al 410	411 al 420
421 al 430	431 al 440	441 al 450	451 al 460
461 al 470	471 al 480	481 al 490	491 al 500
501 al 510	511 al 520	521 al 530	531 al 540
541 al 550	551 al 560	561 al 570	571 al 580
581 al 590	591 al 600	601 al 610	611 al 620
621 al 630	631 al 640	641 al 650	651 al 660
661 al 670	671 al 680	681 al 690	691 al 700

El sábado, á las ocho y media, ha tenido lugar en el ayuntamiento del 7.º distrito el matrimonio civil de la princesa Margarita Adelaida María de Orleans, con el príncipe Ladislao Czartorsky. La princesa iba acompañada del duque de Nemours, su padre; y de los típos duques de Anjou y príncipe de Joinville. El príncipe Czartorsky llevaba por testigos á dos primos suyos, Roman y Alejandro Czartorsky.

La multitud que se agrupaba para verlos dejó escapar algunos murmullos que fueron reprimidos inmediatamente por la policía.

Rechazada la proposición Wolowski referente al impuesto sobre la renta, dicho economista redactó apresuradamente otra que sirviera de contra-proyecto al impuesto sobre las materias primas, y que consistía pura y simplemente en una contribución de 15 por 100 sobre los alquileres. Su autor la defendió el día 13 ante la comisión de presupuestos; pero fué rechazada por unanimidad.

Un periódico anuncia la muerte de M. Gillot, célebre fabricante de plumas de acero. M. Gillot poseía en Inglaterra inmensas fábricas, en las que ocupaba mas de setecientos obreros; y ha dejado una fortuna de cerca de cuatro millones de libras esterlinas.

El gobierno del Japon ha nombrado al Sr. Delory, ministro de los Estados Unidos en aquel imperio, para el cargo de enviado extraordinario del Japon cerca de las potencias europeas. Es la misma misión que mister Baringham recibió hace años del gobierno de la China.

La diplomacia de los Estados Unidos ha obtenido en esto dos triunfos sucesivos, sobre la diplomacia inglesa.

El día 13 ocurrió en Bruselas un terrible incendio que consumió varios establecimientos. Las pérdidas, dice un despacho, son incalculables. La causa, desconocida.

¿Andará en esto la mano de la Internacional?

El sexto consejo de guerra que ha entendido en el proceso de los asesinos de los generales Lecomte y Thomas, pronunció seis sentencias de muerte contra los llamados Simon Mayer, Lagrange, Massolot, Aldenot, Herpin-Laeroux, y Verdagner. Pero en el informe presentado por el comisario del gobierno á la comisión de indultos solo se pide la confirmación de la pena de muerte para Verdagner, desertor del 88 regimiento de marcha. Es probable, por lo tanto, que los otros cinco sean indultados.

SECCION DE PROVINCIAS

NOTICIAS DE CUBA.

Ayer recibimos el correo de Cuba con correspondencia y periódicos de la Habana que alcanzan al 28 del pasado Noviembre, llegados en el vapor correo España.

Por ellos vemos la desagradable noticia de haber muerto en acción de guerra el bravo primer jefe del batallón cazadores de Colon D. Marcelino Obregon. Anun-

